

definitivamente

Julia

Círculo de Poesía

Año 0, Núm.7 Edición Quincenal

Revista de Literatura de El Columnista

Jueves 9 de Octubre de 2008



*“Quince
primaveras”*

Hoja en blanco

Por Glafira Rocha

Empezaron su camino al mismo tiempo: una movía la hoja de papel y se echaba aire; en la otra el cabello se sacudía. Los mechones lacios le picaban los ojos, eso no le gustaba, le decía a mamá, ella le cortaba el fleco, pero de nuevo los cabellos revoloteaban, se metían aguzadamente en el lagrimal. Por días anidaban ahí, hasta que era necesario llevarla al doctor para que introdujera las pinzas. La niña entonces pudo abrir los ojos, aunque después se cubriría el rostro con la cobija, pero la otra, la mujer, dando un soplo lento le soltaba aire en la cara. Luego la niña, luego la mujer, luego nada.

Sucedía de manera recurrente, la mujer en pleno sufrimiento, vuelcos en la cama hasta caer, levantada en plena madrugada. Ambas lloraban a la luz del espejo. La niña en medio del juego con lágrimas que corrían sin razón alguna, hacían pequeños arroyuelos en las mejillas, dirección los labios, la lengua se convertía en sal.

La mujer impasible viéndose al espejo, la mañana era su noche.

Noctámbula por la mansión solitaria, rumbo al jardín, reconocía que en algún tiempo le gustaron las flores: el amarillo, el verde, el rojo, todos juntos en un campo sombrío. Llegaba la náusea, el abandono y el color, ese color infantil que nunca volvió a ver. Rendida de nuevo en la habitación, tomaba la hoja, un intento por escribir algo, pero mejor la sacudía ondulando el aire, ese aire viajero en tiempo, enmarañando el cabello de la niña sola.

Cuando la niña fue a la escuela, todos se burlaron al ver su cabello despeinado, los ojos enrojecidos. Un respiro hondo, se sentó en la última butaca y quedó enclavada hasta finalizar la primaria. Había dejado de ser una niña, se vio al espejo, percibió ese aire que le revolvió el cabello, tomó unas tijeras, acabó con la melena para convertirse en la joven. La mujer metamorfosis a anciana, veía hacia el pasado y a un recuerdo de niña estúpida que permitía que todos se mofaran de ella. Nunca hacía nada, ni hablar siquiera, sólo bajar la cabeza. Niña tonta, niña tonta.

Ahora eran cuatro las mujeres que recorrían el tiempo: la niña, la joven, la mujer y la anciana.

La joven de cabello corto lloraba sin parar, sentía el coraje de la mujer en la que se convertiría posteriormente, entonces, bajaba el rostro, no podía enfrentarse ni a ella misma.

La mujer había regresado al jardín para ver de nuevo los colores, quiso decirle algo a la niña, pero no pudo, sin embargo, fue la pequeña quien habló con ella sin darse cuenta. La niña tomó la hoja, se echó aire por un momento y escribió, era una carta para su madre, preguntaba por qué nunca podía sentarse en las butacas de enfrente. Las faltas de ortografía se nublaban ante esos ojos con llanto. La joven también agarró una hoja, no pudo escribir,

simplemente un brinco tras otro en el colchón, con los deseos de estrellar su cabeza al techo, pero una reflexión de la anciana la hizo detener. Mejor abrió la puerta para tomar aire, ese aire que golpeaba en las pestañas, resecaando la retina, opacando la mirada, distorsionando la imagen del espejo.

La mujer se incorpora, una necesidad inmensa de escribir la había invadido, quiso sentirse como cuando joven: esa vez que se cortó el cabello, dando saltos en la cama y salió a la calle. Al regreso redactó ese diario que todos confundieron con novela. Después del recuerdo, decide tomar la hoja, la observa pero se detiene cuando le entra el calor de siempre, la ansiedad por decir algo que no puede, mejor, se echa aire. El cabello de la niña se sacude en pleno examen de español, las respuestas vuelan, fueron a dar a los pies de la maestra, reprobada, le dijo. La anciana puso a calentar agua, aún no sabe si es para prepararse un café o la vaciará en su cuerpo para sentir un poco de calor, ese calor que ha perdido, cómo lo extraña.

En el momento en que había que tomar decisiones para cambiar la fortuna de la vida, todas ellas cerraban los ojos, pero jamás la mención de una palabra. Su alrededor se sacudía, aunque ellas no articularan un solo dedo para decir sí o no. Algunas veces la muerte les guiñaba el ojo, les quitaba a los seres queridos: la niña se quedó paralizada al enterarse que jamás volvería a ver a su madre, un espasmo la dejó impávida, enmudeció por un tiempo. La joven pensó que dejando de comer las respuestas llegarían. La mujer se encerró en una jaula, para estar sola, sola. La anciana ya no sentía.

El momento en que todas profesaban que por algo tenían un sitio en el espacio, era cuando se topaban con la hoja en blanco, ellas eran las únicas que podían llenar ese pedazo de materia con palabras, entonces, experimentaban un sentimiento de grandeza. Podían ser el Dios de un mundo lleno de personajes y objetos que se borrarían cuando la fuerza de su mano arrugara el papel. Las palabras languidecían, temblaban ante el poder de esa mujer, de esa divinidad superior, perfecta, de ese ser que todo lo sabía y todo lo podía, pero las letras no se daban cuenta de que el Creador también puede ser débil.

Las cuatro mujeres se comunicaban sin notarlo, cada movimiento, cada paso modificaba a la otra. El aire las envolvía sin jamás juntarlas... llegó el día en que ocurrió, todas, sin pensarlo, en el mismo instante en que observaban aletargadamente la hoja en blanco, la tomaron y se echaron aire. Ése era el reflejo para invocar a las palabras. Las cuatro hojas, que eran una sola, se movieron, un gran baile sincronizado se formó, todas pudieron ver unos instantes el rostro de las otras tres, sólo en el tiempo que puede durar la ondulación de una página. La niña quiso correr pero no pudo, la mujer fue invadida por el calor, la joven cerró los ojos, la anciana sintió la muerte y todo se acabó cuando otra mano, una superior a la de ellas, arrugó la hoja y la tiró al piso.



GALERÍA DE POETAS JÓVENES DE MÉXICO

Rosa de los vientos

Juan Carlos Cabrera Pons

Mi rosa de los vientos se ha perdido
o la he perdido yo qué más me da
dejose y me ha dejado la marchita
¡Marchita!
Interrumpida rosa
dejose y me ha dejado interrumpido
sin norte desterrado testaruda
y marchito
la testaruda
que se ha perdido en mí como en la guerra
y se ha perdido en tal como ella sola
marchita rosa interrumpida de los vientos
que se ha perdido en mí qué más me da
y no se encuentra ya la testaruda
que se ha perdido

Como en espejo

Julio César Toledo

Te veo escribo
-eres mi musa, pienso-
Me ves y preguntas si escribo sobre ti.
Sonríes.
Sonríe
y me pregunto si escribo sobre ti.

Escribo te veo
¿pensarás que eres mi musa?
Sonríes; Como sonríe al verte,
sabes que escribo sobre ti.

Yo,
pregunto sobre qué estoy escribiendo.

El recuerdo

Eduardo Saravia

En el apagado silencio de la noche, oscuro como es, vaga un recuerdo. Es la imagen de un hombre que, con ropa de playa, escribe cuanto la oscuridad le dicta sobre el mar, en un viejo escritorio. En el recuerdo no hay ventanas, ni flores, tampoco una mujer que ilumine el rostro del que escribe; hay soledad, y una dicha tan pequeña que entristece.

La gente lo mira compasiva: ¿quién desearía un recuerdo así? Tal vez su propietario, un evocador excéntrico, se aburría de él y decidió echarlo de su mente; tal vez está extraviado y alguien siente su inefable ausencia. Lo cierto es que los años se le han venido encima, ya no tiene la precisión de antes. Algunas veces olvida mostrar la silla, la lámpara. Otras aparece el hombre sentado frente al mar, sobre la arena, con el escritorio a un lado.

En ocasiones, siendo la soledad esa línea que demarca el horizonte, de la nada surge, entre las páginas escritas por aquel hombre, descalza, radiante, una mujer. Sus pies no se hunden en la arena.

SEIS POEMAS DE LUIS VAZ DE CAMÕES

Traducción de Mijail Lamas

El más grande poeta de Portugal nació hacia el primer cuarto del siglo XVI y escribió la obra que daría identidad a la nación lusitana: *Os Lusíadas*. Su vida no estuvo exenta de constantes aflicciones, sufrió exilio y persecución judicial, sus poemas, escritos aun en lengua española, fueron atribuidos a otros autores y su cuerpo fue depositado en la fosa común como nos refiere puntualmente el poeta Jorge de Sena. Esta traducción preparada por Mijail Lamas para *Biblioteca de México*, incluye algunas aportaciones del poeta Eduardo Lizalde.

Mario Bojórquez



3

*Tanto de meu estado me acho incerto,
Que em vivo ardor tremendo estou de frio;
Sem causa, juntamente choro e rio,
O mundo todo abarco, e nada aperto.*

*É tudo quanto sinto um desconcerto:
Da alma um fogo me sai, da vista um rio;
Agora espero, agora desconfio;
Agora desvario, agora acerto.*

*Estando em terra, chego ao Céu voando;
Num'hora acho mil anos, e é de jeito
Que em mil anos não posso achar um'hora.*

*Se me pergunta alguém porque assi ando,
Respondo que não sei, porém suspeito
Que só porque vos vi, minha Senhora.*

7

*Num jardim adornado de verdura,
A que esmaltam por cima várias flores,
Entrou um dia a deusa dos amores,
Com a densa da caça e da espessura.*

*Diana tomou logo uma rosa pura,
Vênis um roxo lírio, dos melhores;
Mas excediam muito às outras flores
As violetas, na graça e fermosura.*

*Perguntam a Cupido, que ali estava,
Qual daquelas três flores tomaria,
Por mais suave, pura e mais fermosa.*

*Sorrindo-se, o Menino Ibe tornava:
– Todas fermosas são; mas eu queria
V'iol' antes que lírio nem que rosa.*

3

Me hallo de mi estado tan incierto
Que en vivo ardor temblando estoy de frío;
Sin causa, a un tiempo lloro y a otro río,
Del mundo todo abarco y nada apreso.

Es todo cuanto siento, un desconcierto:
Del alma un fuego sale y de la vista un río;
Ahora espero, ahora desconfío;
Si ahora desvarío, ahora acierto.

Estando en tierra, al cielo voy volando;
En una hora hay mil años y es de hecho
Que en mil años no puedo hallar una hora.

¿Por qué, preguntarán, que yo así ando?
Respondo que no sé, pero sospecho
que vivo así, porque le vi, señora.

7

En un bello jardín que el verde adorna
Y esmaltan por encima varias flores,
Entró la diosa un día de los amores
Con Diana, la divina cazadora.

Diana luego tomó una rosa pura,
Venus un rojo lirio, no hay mejores;
Mas mucho superaban a otras flores
Las violetas en gracia y hermosura.

Preguntan a Cupido que ahí estaba,
A cuál de aquellas flores tomaría
Por más pura, más suave y más hermosa.

Sonriendo el niño así les contestaba:
Todas hermosas son mas yo querría
V'iol' antes que un lírio o que una rosa.

20

*Males que contra mi vos conjurastes,
Quanto há de durar tão duro intento?
Se dura porque dura meu tormento,
Baste-vos quanto já me atormentastes.*

*Mas se assi perfaís, porque cuidastes
Derrubar meu tão alto pensamento?
Mais pode a causa dele, em que o sustento,
Que vós, que dela mesma o ser tomastes.*

*E pois vossa tenção com minha morte
Há-de acabar o mal destes amores,
Dai já fim a um tormento tão comprido,*

*Porque de ambos contentes seja a sorte:
Vós, porque me acabastes, vencedores;
E eu, porque acabei, de vós vencido.*

20

Males que contra mí tú conjuraste
¿Cuánto ha de durar tan duro intento?
Si dura por que dura mi tormento,
Te baste cuanto ya me atormentaste.

¿Si así te obstinas tú, por qué buscaste
derribar mi tan alto pensamiento?
Más puede a causa de él, en que el
sustento
Que de ello, ya tú misma, el ser tomaste.

Y puesta tu intención sola en mi muerte
Ha de acabar el mal que me enamora,
Se dé fin a un tormento tan sufrido,

Porque de ambos contenta esté la
suerte;
Tú, porque me acabaste, vencedora
Y yo porque acabé de ti vencido.

30

*– Não passes, caminhante. -- Quem me
chama?
– Uma memória nova, e nunca ouvida,
Dum que trocou finita e humana vida,
Por divina, infinita e clara fama.*

*– Quem é que tão gentil louvor derrama?
– Quem derramar seu sangue não duvida
Por seguir a bandeira esclarecida
De um capitão de Cristo que mais ama.*

*– Ditoso fim, ditoso sacrifício
Que a Deus se fez, e ao mundo juntamente!
Apregoando direi tão alta sorte.*

*– Mais poderás contar a toda a gente
Que sempre deu sua vida claro indício
De vir a merecer tão santa morte.*

30

-No pases caminante. -¿Quién me llama?
-Una memoria nueva y nunca oída
de quien trocó finita, humana vida
por divina, infinita y clara fama.

-¿Quién es que tan gentil canción
derrama?
-Quién no duda la sangre dar vencida
por seguir la bandera esclarecida
de un capitán de Cristo que más ama.

-¡Dichoso fin, dichoso sacrificio
que Dios y al mundo dio cercanamente!
Pregonando diré tan alta suerte.

-Mas tú podrás contar allá a la gente
que siempre dio su vida, claro indicio
de ser digna a tener tan santa muerte.



28

*Um mover de olhos, brando e piedoso,
Sem ver de quê; um riso brando e honesto,
Quase forçado; um doce e humilde gesto,
De qualquer alegria duvidoso.*

*Um despejo quieto e vergonhoso,
Um repouso gravíssimo e modesto,
Uma pura bondade, manifesto
Indício da alma, limpo e gracioso;*

*Um encolhido ousar; uma brandura,
Um medo sem ter culpa, um ar sereno,
Um longo e obediente sofrimento;*

*Esta foi a celeste fermosura
Da minha Circe, e o mágico veneno
Que pôde transformar meu pensamento.*

28

Un mover de ojos, blando y piadoso
Sin ver algo; un reír blando y honesto
Casi forzado; un dulce, humilde gesto
De cualquier alegría, algo dudoso.

Desembarazo apenas, vergonzoso,
Un reposo gravísimo y modesto,
Una pura bondad, un manifiesto
Indicio de alma, limpio, algo gracioso;

Un atreverse apenas, la ternura,
Un miedo sin ver culpa, aire sereno,
Un largo y obediente sufrimiento:

Esta que fue la celeste hermosura
De mi Circe, y el mágico veneno
Que puede transformar mi pensamiento.

32

*O fogo que na branda cera ardia,
Vendo o rosto gentil que eu n'alma vejo,
Se acendeu de outro fogo do desejo,
Por alcançar a luz que vence o dia.*

*Como de dous ardores se encendia,
Da grande impaciência fez despejo,
E, remetendo com furor sobejo,
Vos foi beijar na parte onde se via.*

*Ditosa aquela flama, que se atreve
A apagar seus ardores e tormentos
Na vista de que o mundo tremer deve.*

*Namoram-se, Senhora, os Elementos
De vós, e queima o fogo aquela neve
Que queima corações e pensamentos.*

32

El fuego que en la blanda cera ardía
Viendo la faz gentil, que en la alma veo
Se enciende de otro fuego de deseco
Por alcanzar la luz que vence al día.

Como de dos ardores se encendía
De impaciencia se hacía liberada
Y acometiendo con furia sobrada
Le fue a besar a usted donde estaría.

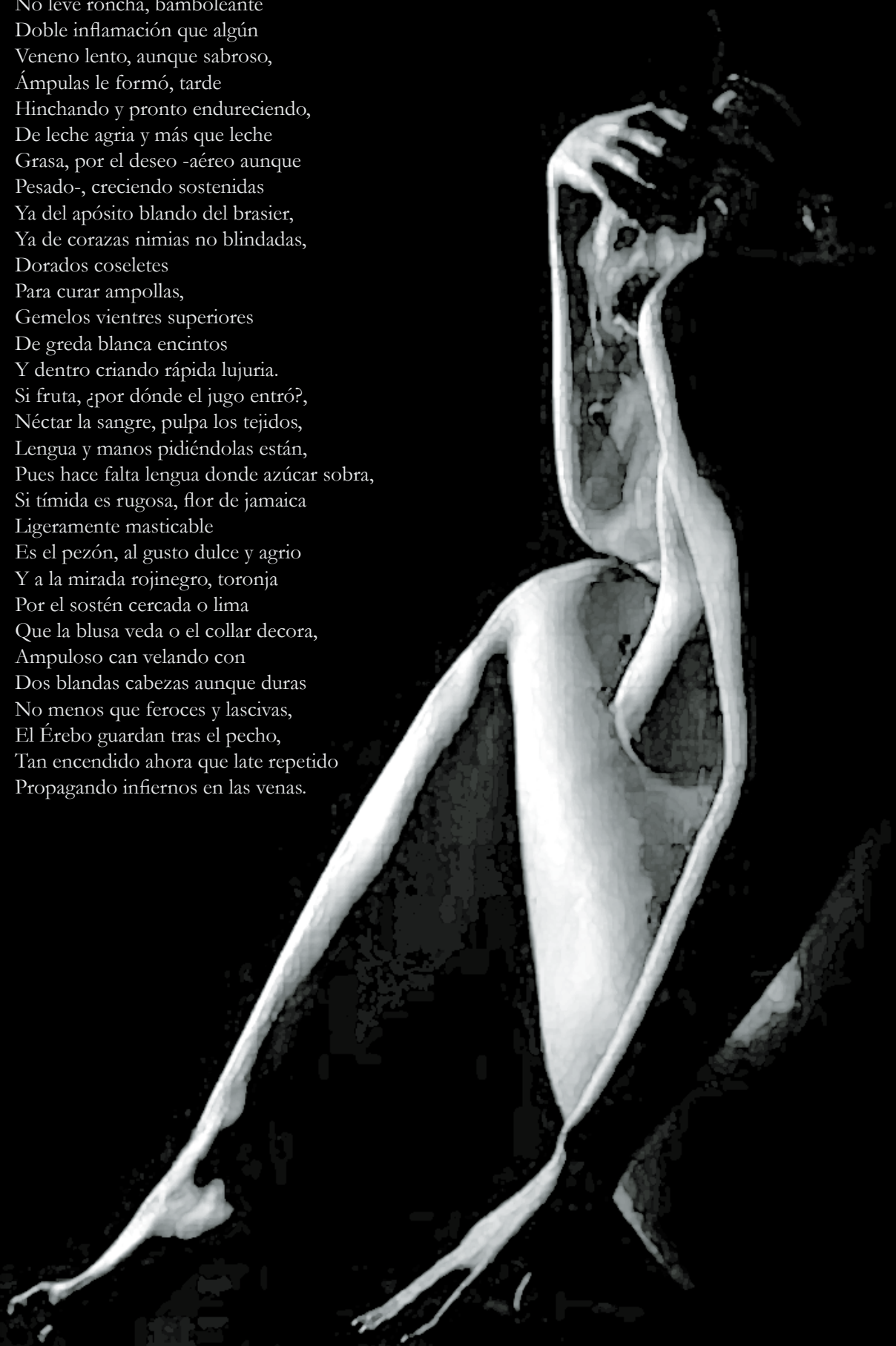
Dichosa aquella flama que se atreve
A apagar sus ardores y tormentos
En cuya vista el mundo temblar debe.

Se enamoran de usted los elementos,
Señora, y quema el fuego aquella nieve
Que corazones quema y pensamientos.

Brocas

Sergio Briceño

Si es animal lo que hay en tu entrepierna
Murciélago es velludo,
Bebiendo del rayón la oscuridad,
Aunque abultando el cierre.
No pudiera la sangre mantenerlo
Si no fuera mensual.
De qué bestia mordida o alimaña
Que tal ponzoña allí depositó,
No leve roncha, bamboleante
Doble inflamación que algún
Veneno lento, aunque sabroso,
Ámpulas le formó, tarde
Hinchando y pronto endureciendo,
De leche agria y más que leche
Grasa, por el deseo -aéreo aunque
Pesado-, creciendo sostenidas
Ya del apósito blando del brasier,
Ya de corazas nimias no blindadas,
Dorados coseletes
Para curar ampollas,
Gemelos vientres superiores
De greda blanca encintos
Y dentro criando rápida lujuria.
Si fruta, ¿por dónde el jugo entró?,
Néctar la sangre, pulpa los tejidos,
Lengua y manos pidiéndolas están,
Pues hace falta lengua donde azúcar sobra,
Si tímida es rugosa, flor de jamaica
Ligeramente masticable
Es el pezón, al gusto dulce y agrio
Y a la mirada rojinegro, toronja
Por el sostén cercada o lima
Que la blusa veda o el collar decora,
Ampuloso can velando con
Dos blandas cabezas aunque duras
No menos que feroces y lascivas,
El Érebo guardan tras el pecho,
Tan encendido ahora que late repetido
Propagando infiernos en las venas.



Hermenéutica, como la entiende Javier

Alejandro Palma

Ella fuma
aspira su tragedia
el marido es un puerco
la ató a la cama
para golpearla.
El cosismo es cosa de hombres
cuestión de putazos al aire
configuran lo que constituye
y en este caso
tú, puta, me perteneces.

Javier se cansa
mira hacia la cabecera
ve a su madre
la mujer que tuvo a mal
entregarlo a su ser.
Si ella y ese camionero del sureste
no hubieran sucumbido
ante el cha cha cha de la radio
las cosas serían distintas
su padre, un licenciado respetable,
le enseñaría a anudarse la corbata.

En la esposa justifican
sus lágrimas el desperfecto doméstico
usualmente no le desencaja la quijada
esta vez se trata
de un malentendido
tiene que ver con un chauffeur
aficionado al baile
nada grato al hijo.

Agenda

Presentación del Círculo de Poesía en el marco de la 8va Feria del Libro del Zócalo de la Ciudad de México "Encuentro de Utopías"
Sábado 11 de octubre 14 hrs.

Recital de poesía y presentación de *Enfermedad de talking* de Jair Cortés

Miércoles 15 de octubre 17 hrs., Casa del Escritor (5 oriente 201)

circulodepoesia.com/blog